

Sustentar al presidente: Movilización y gobernabilidad en los actores oficialistas en los gobiernos de Lula y Kirchner

Dolores Rocca Rivarola (IIGG-Conicet)
doloresrocca@gmail.com

La presente ponencia analizará las cuestiones de la gobernabilidad y la movilización como elementos presentes en las definiciones de pertenencia de distintos sectores a lo que podríamos denominar los *oficialismos* de Lula y de Kirchner. Se entiende aquí por oficialismos a los dos conglomerados de sectores organizados que fueron confluyendo, alejándose y realineándose en torno de las figuras de ambos presidentes. Es, en otros términos, la base organizativa en la que se sostenía el presidente, y cuyas organizaciones y espacios políticos desarrollaron, a lo largo del período escogido por el recorte temporal (2002-2006 en Brasil y 2003-2007 en Argentina, es decir, el primer mandato de Lula y el gobierno de Kirchner), manifestaciones públicas de apoyo a la política oficial o a la figura misma del primer mandatario. Se trata, asimismo, de organizaciones y espacios con algún grado de presencia institucional en el gobierno, ya sea en el Estado o en listas de candidaturas electorales en apoyo al presidente. Dentro de ambos conjuntos oficialistas, se examinarán, en primer lugar, las nociones presentes en tres sectores –espacio partidario, organizaciones sociales y centrales sindicales– en torno a la sustentación y supervivencia del gobierno –es decir, la gobernabilidad– para vincularlas (en la línea de lo hecho por los propios actores entrevistados) con la configuración y composición del conjunto oficialista (y la política de alianzas que derivó en esa composición). En segundo lugar, nos adentraremos en las concepciones sobre la movilización –con las manifestaciones callejeras y las medidas de fuerza como ejemplos paradigmáticos–, relacionando la movilización con el criterio de gobernabilidad: la movilización defensiva y la movilización de presión.

1. Introducción

¿Qué actores dentro de las bases de sustentación de un gobierno garantizan su supervivencia? ¿De qué modo lo hacen? ¿Acaso la gobernabilidad resulta, en última instancia, más allá de los actores organizados que lo apoyen, tan sólo de la popularidad del presidente, elemento que se ha mostrado considerablemente fluctuante en los últimos años en distintos países de América Latina? Todos estos interrogantes difícilmente encuentren una misma respuesta en todos los casos y contextos nacionales. Sin embargo, funcionan como disparadores de preguntas más específicas en torno a esos conjuntos de actores organizados que se aglutinan alrededor de los presidentes y que no funcionan como una coalición partidaria sino de modos mucho más informales, además de exhibir una composición diversa y variable. Nos interesa particularmente, en esta ponencia, y en el marco de una investigación más amplia sobre las dinámicas internas, las identidades y las definiciones de pertenencia presentes en los conjuntos oficialistas constituidos alrededor del gobierno de Néstor Kirchner y del primer gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva,

interrogarnos sobre los modos en que los propios actores de esos conjuntos –agrupados metodológicamente en tres sectores: espacio partidario, organizaciones sociales y centrales sindicales- experimentaban y definían la cuestión de la gobernabilidad y de la movilización. Se trata de dos problemas que adquirirían centralidad en ambos casos. Por un lado, la gobernabilidad, porque el oficialismo por definición se compone de actores que tienen como propósito explícito sustentar a un gobierno. Y, por otro lado, porque gran parte de esos actores consideran la movilización como un mecanismo clave (aunque no suficiente) para esa sustentación. En otros términos, porque se trata, como veremos, en varios casos, de actores colectivos cuya trayectoria de militancia es una centrada en la movilización o la demostración de la propia fuerza organizativa (centrales sindicales, organizaciones sociales, partidos o agrupaciones políticas de centro-izquierda, etc.), actores que conciben la movilización como un aporte distintivo que pueden hacer en tanto organizaciones al propio gobierno

El concepto de *oficialismo* nos permite dar cuenta de un conglomerado de actores que se diferencian de la noción de coalición partidaria no sólo por su diversidad (incluyen agrupaciones no organizadas como partidos, organizaciones sociales y de otro carácter, etc.) sino por sus dinámicas internas (informales, sin (o con escasas) reglas de juego, sin espacios de articulación o decisorios en tanto coalición, y sin espacios de funcionamiento colectivo en tanto conjunto –a diferencia del parlamento como espacio de puesta en escena de una coalición partidaria, por ejemplo. El oficialismo puede definirse, entonces, como el conglomerado de sectores organizados –aunque con distintos niveles de organización– que van confluyendo, alejándose y realineándose en torno de la figura presidencial. Constituye, en otros términos, la base organizativa en la que se sostiene el presidente, y cuyas organizaciones y espacios políticos desarrollan manifestaciones públicas de apoyo a la política oficial o a la figura misma del primer mandatario. Se trata, asimismo, de organizaciones y espacios con algún grado de presencia institucional en el gobierno, ya sea en el Estado o en listas de candidaturas electorales en apoyo al presidente.

Otra de las nociones que cabría definir aquí es la de *definiciones de pertenencia*, dado que las reflexiones de los distintos actores que serán presentadas a lo largo de la ponencia en torno a las cuestiones de gobernabilidad y movilización forman parte de las definiciones de pertenencia de distintos actores al oficialismo, entendidas esas definiciones en un sentido amplio. Las definiciones de pertenencia al oficialismo en sentido amplio refieren al modo o modos en que los actores del conjunto interpretan la experiencia de pertenecer al mismo, a través del análisis de aspectos como el vínculo con el gobierno, el rol que conciben para sí mismos dentro del oficialismo, el impacto sobre la propia organización concebido como resultante de la pertenencia, las caracterizaciones sobre otras organizaciones oficialistas y las relaciones con éstas, las identidades que aparecen en el marco de la pertenencia, etc. Por otro lado, definiciones de

pertenencia en un sentido estricto refieren a qué significa o implica para los actores pertenecer al oficialismo, más específicamente, dónde está el “nosotros”.

En relación con la metodología de la investigación en la que esta ponencia se enmarca, la propia pregunta de investigación y las técnicas de recolección de datos utilizadas se han fundado en la perspectiva cualitativa. Las entrevistas de carácter semi-estructurado (Denscombe, 1999; Kvale, 1996) a dirigentes, militantes y legisladores oficialistas han tenido en esta investigación un papel fundamental en tanto métodos de recolección de datos, siendo complementadas con el análisis de documentos elaborados por las propias organizaciones.

Las entrevistas, cabe aclarar, no fueron utilizadas para proveernos de datos objetivos del pasado o del presente, sino interpretaciones subjetivas, basadas en la propia perspectiva de los entrevistados, sobre sus comportamientos, sus experiencias y sus identidades en tanto miembros de organizaciones o espacios oficialistas. Con esas interpretaciones se ha procurado comprender el modo en que los entrevistados concebían determinados procesos, el sentido que les asignaban. Por otro lado, en cada país tomado, las unidades de análisis no han sido individuos sino más bien organizaciones, redes y espacios de dirigentes y sus bases. A la hora de definir a los potenciales entrevistados, se optó por lo que Patton (2002) denomina un muestreo intencional, es decir conformar una muestra con casos ricos en información a partir de los cuales puede realizarse un estudio que se propone la profundización y no la generalización. En este tipo de muestras, la representatividad no aparece asociada a la lógica cuantitativa sino más bien a lo representativo del caso, la riqueza de éste en relación con el objetivo de investigación. La selección de los distintos entrevistados (cantidad y quiénes) no fue una decisión establecida antes del trabajo de campo sino una definición gradual y abierta durante todo el proceso de investigación (Morse, 1994; Meo y Navarro, 2009), y que no sólo dependía de las necesidades de la investigación, sino también del acceso.

En Argentina, las entrevistas (42) se hicieron entre 2005 y 2010, en la ciudad de Buenos Aires y en distintos municipios del conurbano bonaerense, área metropolitana caracterizada históricamente por altos niveles de voto al peronismo. Predominaron allí las entrevistas realizadas en La Matanza, distrito con la mayor población de toda la provincia de Buenos Aires. Juntos, la ciudad de Buenos Aires y el conurbano aglutinaban al más alto porcentaje de votantes del país. En Brasil, al no ser mi país de residencia, las entrevistas (32) se realizaron en el marco de dos viajes de trabajo de campo. Uno, en septiembre de 2008, a la ciudad de San Pablo, la mayor área metropolitana del país y el centro urbano en cuyo cinturón industrial nació y creció el Partido de los Trabajadores (PT). El segundo trabajo de campo fue realizado en junio de 2009 en Río de Janeiro. Esta última ciudad, al igual que la de Buenos

Aires, en Argentina, es, a la vez que un centro urbano de peso en el país, un distrito tradicionalmente difícil para el PT en términos de apoyo electoral. Es decir, mientras que San Pablo y el conurbano bonaerense eran lugares especialmente importantes en la historia del PT y del PJ, Río de Janeiro y la Capital Federal eran, en cambio, dos ciudades más adversas electoralmente y organizativamente para el PT y el PJ, y en las que Lula y Kirchner, sin embargo, fueron ganando más adeptos.

La decisión metodológica de abordar ambos conjuntos oficialistas, el de Lula y el de Kirchner, a través de tres sectores no ha implicado ignorar ni el hecho de que había otros como las organizaciones de derechos humanos en Argentina (no ha habido, de este modo, una pretensión de exhaustividad) ni tampoco el hecho de que había varias intersecciones o superposiciones entre esos tres subconjuntos: miembros de uno de los sectores que también lo eran de otro –es decir, fenómenos de doble pertenencia-, e incluso organizaciones sociales tomadas como tales pero que a su vez formaban parte de una central sindical (como la FTV y el Frente Transversal, que integran la CTA). El agrupamiento y distinción durante la investigación, sin embargo, tuvo como propósito el deshilar conjuntos oficialistas heterogéneos y complejos para luego formular algunas observaciones generales de los mismos como un todo.

El problema de la gobernabilidad y el de la movilización serán analizados aquí a partir de las lecturas de los entrevistados, en primer lugar, del espacio partidario y, luego, de las organizaciones sociales y centrales sindicales. Cabe aclarar que se trata de un análisis de un momento histórico (2002-2006 en Brasil, y 2003-2007 en Argentina), por lo cual las transformaciones experimentadas por ambos conjuntos (en su composición, sus dinámicas internas, y la propia figura presidencial, trasladada a Cristina Fernández de Kirchner, en Argentina, y a Dilma Rousseff, en Brasil) no han sido abarcadas, y podrán convertirse en foco de ulteriores trabajos.

2. Gobernabilidad y movilización en el espacio partidario oficialista

Este apartado analizará la cuestión de la gobernabilidad, es decir, las nociones de los actores del espacio partidario oficialista en torno a la sustentación y supervivencia del gobierno. En primer lugar, se vincularán estas nociones de gobernabilidad con la configuración y composición del conjunto oficialista, y se analizará cómo la política de alianzas aparecía condicionada por la gobernabilidad. En segundo lugar, nos adentraremos en

las concepciones sobre la movilización –con las manifestaciones callejeras y las medidas de fuerza como ejemplos paradigmáticos–, relacionando la movilización con el criterio de gobernabilidad: la movilización defensiva y la movilización de presión.

2.1 Gobernabilidad en relación con la política de alianzas

¿Cómo incidía la cuestión de la gobernabilidad (término que aparecía en las mismas entrevistas) sobre la política de alianzas del presidente? Aparecía aquí un marcado contraste entre lo que se planteaba en las entrevistas en ambos casos nacionales.

En Brasil, la política de alianzas era pensada, elaborada y aprobada con la gobernabilidad como objetivo. No sólo la base oficialista parlamentaria inicial era débil,¹ sino que era la primera vez que un candidato del Partido de los Trabajadores (PT) estaba en el gobierno; y prevalecía en el partido, por encima de muchos otros criterios, la noción de que era necesario lograr mayorías consolidadas en ambas cámaras. La gobernabilidad se presentaba así como una fuerza de impulso a la ampliación del conjunto oficialista. Ello era expresado por Lula mismo, entrevistado en el Documental *Presidentes de Latinoamérica* (2009): “Brasil tiene una elite muy conservadora, con muchos prejuicios, ¿sabe? Y para vencer todo eso era preciso coser una alianza política y tener mayoría”. En Argentina, en cambio, la gobernabilidad, indirectamente, imponía, a través de su pretendido garante, el Partido Justicialista (PJ), un límite a la amplitud de la composición oficialista.

Veamos primero la lógica de esa relación en el caso brasilero, y cómo la necesidad de asegurar la gobernabilidad era señalada como un factor fundamental a la hora de ampliar la base oficialista de Lula. Gaspar, dirigente del PT en Río de Janeiro, y Raimundo, dirigente del PSB en el mismo distrito, ilustraban esta perspectiva, compartida por entrevistados del PT, y de dos aliados parlamentarios, el PCdoB y el PSB:

Gaspar: Los otros partidos que componían, y que componen hoy la alianza de gobierno, la mayoría del gobierno...yo sólo veo una única razón por la que están ahí: la estabilidad

¹ Como resultado de las elecciones de 2002, quedaba configurada una coalición parlamentaria débil (Sallum, 2003: 6), que evidenciaba la necesidad acuciante de nuevos aliados. La base parlamentaria oficialista en la Cámara de Diputados estaba compuesta, a cuatro meses de iniciado el mandato de Lula, por el PT, el *Partido Socialista Brasileiro* (PSB), el *Partido Democrático Trabalhista* (PDT), el *Partido Comunista do Brasil* (PCdoB), el *Partido Popular Socialista* (PPS), el *Partido da Mobilização Nacional* (PMN), el *Partido Verde* (PV), el *Partido Trabalhista Brasileiro* (PTB) y *Partido Liberal* (PL). Entre todos, y agregándose algunos diputados del PMDB que estaban negociando su ingreso al oficialismo, sumaban 253 miembros sobre un total de 513, no llegando así al mínimo de 308 votos requeridos, por ejemplo, para aprobar reformas en la Constitución - se necesitaba esa cantidad y en dos votaciones en cada una de las cámaras- (Sallum, 2003: 6). La situación en el Senado era aún más delicada: de un total de 81 escaños, la base oficialista contaba con sólo sólo 32 senadores. Y las dos fuerzas de oposición, el *Partido da Social Democracia Brasileiro* (PSDB) y el *Partido do Frente Liberal* (PFL, luego devenido DEM) sumaban 30 senadores.

del gobierno, la estabilidad política. No existe, a mi entender, compromiso programático –y ni siquiera un compromiso pragmático– con el PMDB o con el PP o con el PTB. Son partidos de centro o de centro-derecha. No existe compromiso programático con ellos. Lo que existe la verdad es un mero intercambio de intereses. El gobierno precisa de mayoría parlamentaria y entonces les abre espacio en el gobierno.

(Entrevista N ° 17 en Brasil. Gaspar, dirigente del PT de Río de Janeiro)

Raimundo: No teníamos una correlación de fuerzas en 2002, como no la tendríamos en 2006, como no la tenemos hoy para hacer el gobierno que proponíamos en 1989. Nosotros somos minoritarios, en la correlación de fuerzas, en la política, como proyecto nosotros somos minoritarios en Brasil. [...] Somos minoría en el Congreso, no gobernamos sin el centro y sin la centro-derecha, y no gobernamos en la sociedad sin establecer un mínimo de acuerdo con las fuerzas conservadores, que en este país son poderosísimas.

(Entrevista N ° 29 en Brasil. Raimundo, dirigente del PSB en Río de Janeiro).

Vemos así una íntima vinculación, en los relatos brasileiros, entre la configuración de las alianzas y el criterio de gobernabilidad, asociación que se postulaba de modo diferente en el caso argentino.

En Brasil, la gobernabilidad no sólo era esgrimida por esos entrevistados de distintas fuerzas como argumento para justificar una amplísima política de alianzas de cara a la elección presidencial de 2002 y para las alianzas que se configurarían en el parlamento con posterioridad a la llegada al poder, sino que hasta era vinculada, en el relato de algunos petistas, a la pérdida de espacio e influencia del PT sobre el gobierno.² Esa merma en la influencia del PT sobre el gobierno, cuando era aceptada (dado que muchos petistas la relativizaban como fenómeno), era explicada como subproducto del criterio de gobernabilidad, como se observaba en la implícita crítica de Ingrid a aquellos argumentos de que la gobernabilidad hacía necesaria una amplísima política de alianzas:

² Ribeiro (2008) habla de “un distanciamiento simbólico entre los dos [*Lula y el PT*] ya que el presidente establece una vinculación directa con amplios estratos del electorado, sin la intermediación de su partido. Ese distanciamiento en el plano simbólico quedó evidenciado en las dos campañas victoriosas de Lula, en las que el partido y su principal marca, la estrella roja, prácticamente desaparecieron de todas las principales piezas publicitarias del candidato, cada vez más centradas en su imagen personal” (Ribeiro, 2008: 87). Los entrevistados petistas, por su parte, descreían de la idea de un fenómeno de despetización del gobierno de Lula. Algunos de ellos, sin embargo, identificaban, como veremos, una suerte de proceso de despetización de Lula previo a la llegada al poder. Para los petistas –e incluso para quienes se fueron en 2003 y 2005 y fueron confluyendo en el PSOL y dejaron, por ende, de concebirse como petistas– no se trataba de que el gobierno se hubiera despetizado sino de que el PT mismo había cambiado, se había transformado, al perder parte de su vitalidad organizativa de base, convertirse en una máquina electoral y desarrollar un viraje en sus posiciones. No aparecía, entonces, en el caso brasileiro, esa tensión entre la base militante identificada como petista y un gobierno supuestamente distanciado del folklore y de la simbología del PT como sí se observaba en las entrevistas del caso argentino, aunque Lula efectivamente hubiera protagonizado ese distanciamiento y se hubiera constituido como un liderazgo sin mediaciones. Incluso el tener que coexistir con otros sellos partidarios (de centro, fisiológicos, etc.) en el seno del oficialismo no significaba que el PT hubiese sido abandonado por el gobierno. En Brasil, para los entrevistados, era el PT el que había cambiado –y lo había hecho antes de 2002–, y no el gobierno el que había dejado de lado al PT.

Dolores: Hay una idea aquí que habla de una especie de “despetización” del gobierno. ¿Qué te parece esa tesis, esa idea?

Ingrid: Creo que la llamada gobernabilidad está siendo mirada... [...] a mí me parece que es tomada demasiado en serio esa historia de la gobernabilidad. Creo que el PT precisa estar más presente realmente en cuanto partido.

Dolores: Vos decís... ¿como ejerciendo más influencia sobre el gobierno? ¿O cómo?

Ingrid: También. Más presente tanto en esa discusión de partido y gobierno, aun sabiendo que el gobierno es mayor que el partido. Creo que debería tener una presencia mayor en la línea, y también presencia en las personas designadas. Pero existe la cuestión de la gobernabilidad, entonces nosotros sabemos que hay una presión también por parte de otros partidos que son parte de la base.

(Entrevista N ° 28 en Brasil. Ingrid, legisladora del PT en Río de Janeiro)

Ingrid insinuaba aquí, de modo crítico, que el argumento de la gobernabilidad había servido como excusa para un fenómeno de “despetización” del gobierno, es decir, para una pérdida de espacio político del PT dentro del oficialismo. Esta cita evidenciaba, a la vez, lo que ha venido siendo sugerido en apartados anteriores: que para los actores entrevistados, incluso para los propios petistas, el PT no garantizaba la gobernabilidad (ni por sí solo ni con sus aliados históricos, como el PCdoB, el PSB, la Central Única de Trabajadores –CUT-, el Movimiento Sin Tierra –MST-, etc.).

En el caso argentino, en cambio, más allá de un interés inicial de Kirchner, cuando llega al poder casi en soledad, de ampliar su base de sustentación a actores por fuera del Partido Justicialista, los entrevistados de todo el espacio partidario (la mayoría de las entrevistas fue hecha hacia el final de su mandato) consideraban que el actor por excelencia que funcionaba como un garante de la gobernabilidad (o una amenaza a la misma, en caso de ser opositor) era el PJ. Ello aun a pesar del estado de disgregación de sus redes.³ Era el PJ, y no las demás organizaciones, sellos electorales⁴ y espacios que fueron confluyendo en el

³ Utilizo el concepto de *redes disgregadas* para referirme al PJ a partir de la observación del estado en que éste se encontraba durante el gobierno de Kirchner. El PJ fue intervenido por la Justicia en 2005 y desde entonces permaneció acéfalo y sin reuniones de sus autoridades provinciales. Ya en 2003, tres candidatos que provenían del mismo –y que no se habían desafilado– se presentaron a elecciones presidenciales bajo distintos sellos, sin haber usado ninguno de ellos el sello del partido. Durante el gobierno de Kirchner se produjeron diferentes (y hasta opuestas) manifestaciones y pronunciamientos públicos de grupos y redes identificadas como parte del partido. La utilización del sello PJ no tuvo tampoco una continuidad ni pautas coherentes y sostenidas entre los distintos procesos electorales durante el período: fue utilizado en algunas provincias u ocasiones como el sello oficialista, como sello opositor a Kirchner, y también como actor, entre otros, dentro del sello oficialista “Frente para la Victoria”. Todos estos elementos son ejemplos de una situación en la cual el PJ no funcionó internamente como una unidad partidaria.

⁴ Existían, en el caso argentino, situaciones que difícilmente podamos caracterizar como algo más que meros *sellos electorales*. Se trataba de nombres de partidos nuevos, utilizados sólo durante el proceso electoral para la presentación de candidaturas sin un correlato organizativo más allá del período de campaña. Este tipo de leyendas proliferó, por ejemplo, en las elecciones de 2007 en la provincia de Buenos Aires, donde esos sellos eran funcionales a la estrategia de habilitación de varias listas locales opuestas entre sí pero que apoyaban al gobierno nacional (fenómeno de las listas colectoras). Un ejemplo de ello es el denominado Partido de la Victoria. Mientras que un *sello partidario* –concepto que podríamos aplicar para referirnos a distintas fuerzas

kirchnerismo, el que podía entonces, según el relato de los entrevistados, ser el sustento último de la supervivencia del gobierno. A partir de esa noción es que los entrevistados identificados como PJ a pensaban a éste como merecedor de un mayor reconocimiento, influencia y espacio al interior del oficialismo del que había ocupado durante la mayor parte de la presidencia de Kirchner.⁵ Consideraban, en el mismo sentido, a la transversalidad como un fenómeno pasajero y como protagonizada por actores débiles en términos de peso territorial y organizativo. En esa lectura, el presidente se habría dado cuenta, hacia el final de su mandato, según los entrevistados del PJ, de que para sostenerse y gobernar necesitaba ese ingrediente, un PJ reactivado y con un papel dominante en el conjunto oficialista. Y por ello se aprestaba en 2008, ya terminado su mandato e iniciado el de su esposa, Cristina Fernández de Kirchner, a presidir el partido.⁶ En ese sentido es que Javier, militante del PJ en La Matanza, decía que Kirchner había dejado de hablar de la transversalidad para empezar a hablar en 2007 de la reorganización del PJ. El énfasis que Javier realizaba en un supuesto viraje de la estrategia presidencial en torno a su base oficialista se basaba en la idea de que la política de alianzas de Kirchner del inicio (desde 2004 en realidad), la transversalidad, no le alcanzaba al presidente en términos prácticos, y que terminó necesitando reafirmar el rol del PJ: “¿Te acordás que al principio del mandato hablaba de un movimiento transversal el presidente, y después no habló más? Y últimamente se empezó a hablar de la reorganización del PJ” (Entrevista N ° 15 en Argentina). Más allá de una posible discusión de si Kirchner efectivamente lo hizo, es significativo el relato de estos actores, que tenían un especial interés en que lo hiciera. Rodrigo, proveniente del PJ pero que al momento de la entrevista era oposición al gobierno local al que respondía Javier, sostenía una lectura similar:

Rodrigo: Me parece que el presidente se ha dado cuenta, por eso hizo un giro en la política, por eso empezó con la transversalidad y terminó acordando con los caciques tradicionales territoriales, porque se dio cuenta que son un factor de poder impresionante. De hecho si vos no manejas el poder central o poder nacional con estos sectores te puede pasar lo que pasó en algunos casos como el 20 de diciembre...⁷

políticas en Brasil, como el PMDB— mantenía una vida interna más allá de los procesos electorales (aunque fuese una vida heterogénea, descentralizada y no unificada), el sello electoral era tan sólo un nombre legal que podía ser usado (o prestado) por algún candidato local y desaparecer de la siguiente elección, sin haber generado ningún tipo de actividad político-partidaria entre ambos comicios.

⁵ Y, en cambio, a partir de una noción similar es que desde los transversales y las organizaciones sociales se consideraba que el PJ era un actor ineludible en el armado oficialista, un actor que no podía quedar al margen del mismo.

⁶ Ese proceso de todos modos exhibió claras limitaciones en términos de la posibilidad del PJ de comenzar a funcionar orgánicamente como un partido en los años posteriores pero también en términos de su lugar dentro del armado oficialista.

⁷ Rodrigo se refería, con esa fecha, a la renuncia del presidente Fernando De la Rúa en un contexto de conflictividad social y política que combinó protestas callejeras con un escenario de saqueos. Algunos dirigentes políticos de la época insinuaron que, más allá de un estallido social producto de una crisis que llevaba mucho tiempo, en algunos distritos del conurbano bonaerense habría habido bandas que respondían a los gobiernos

(Entrevista N° 22 en Argentina. David y Rodrigo, militantes de una agrupación peronista de La Matanza opositora al intendente local).

Más que demostrar que el PJ era un factor de poder territorial garante de la gobernabilidad, estas citas evidencian que los militantes de esas redes deseaban ser considerados de ese modo por el presidente frente a actores que ellos veían como débiles en ese mismo aspecto y que, sin embargo, habían sido el centro de las apelaciones políticas y convocatoria del presidente desde 2004.

Para el kirchnerismo transversal, la gobernabilidad también radicaba en el PJ, y la base oficialista se había reconfigurado hacia 2007 en ese mismo sentido que enunciaban los entrevistados del PJ:

Román: Me parece que está siempre esa disputa. En algunos momentos, que, como yo creo en el 2005, que fue de un avance de lo que podríamos decir los sectores más progresistas, o los sectores... no es el terreno que más me gusta la idea de... pero es una expresión muy popularizada la del progresismo. Y tal vez en el 2007, hubo sectores más tradicionales del Partido que ganaron terreno, como pasa con intendentes del conurbano. (Entrevista N° 36 en Argentina. Román, legislador kirchnerista de la provincia de Buenos Aires).

Para Román, el PJ constreñía la política de alianzas sin poder, por otro lado, constituirse en un polo de atracción y de inclusión de toda la diversidad de espacios y organizaciones kirchneristas que estaban por fuera del partido. Entonces que el PJ fuera privilegiado como estructura principal conducida por el propio Kirchner era un problema para todos aquellos que quedaban sin estructura propia, o relegados en el formato oficialista:

Román: Muchos de los espacios que integran este proyecto político [*el de Kirchner*], y que articulan y funcionan dentro de la estructura del gobierno nacional, no tienen cabida dentro de la expresión del Partido Justicialista como única expresión electoral. [...] Creo que expresarnos solamente a través del Partido Justicialista achica nuestra perspectiva en lugar de agrandarla. Entonces, el contenido es más grande. ¿no? Bueno, yo tengo este cenicero y quiero poner tres litros de agua ahí... no. Bueno, no, entonces digo, busquemos el balde para contener esto. (Entrevista N° 36 en Argentina. Román, legislador kirchnerista de la provincia de Buenos Aires).

Alicia, legisladora proveniente del Frente Grande, rubricaba la lectura antes desarrollada de la centralidad del Partido Justicialista para la gobernabilidad: “yo creo profundamente que nadie puede gobernar el país si no conduce al peronismo. Y entonces, por eso cuando Néstor fue a conducir el PJ, yo estaba de acuerdo”. Paradójicamente, en las

locales incitando esos saqueos. Para un análisis sobre los hechos y sobre el rol de redes locales del PJ, ver Auyero (2006).

elecciones legislativas posteriores a la asunción de Néstor Kirchner como presidente del PJ (2009), el kirchnerismo obtendría resultados magros (en comparación con su desempeño electoral en los comicios de 2005 y 2007), especialmente en grandes centros urbanos como Córdoba, Santa Fe, la ciudad de Buenos Aires e incluso en la provincia de Buenos Aires. Pero, durante el gobierno de Kirchner, y mirando el relato de los entrevistados, en términos comparativos, si la gobernabilidad era un factor que llevaba la política de alianzas aún más lejos en Brasil, que la ampliaba mucho más allá de los aliados históricos del PT; en el caso argentino, en cambio, la gobernabilidad era empleada como argumento para insinuar un límite a la política de alianzas del presidente: no sólo Kirchner no rompía con el PJ sino que en 2008, ya terminado su gobierno, se disponía a encabezarlo, aunque ese proceso no tuviera los resultados y el alcance a mediano plazo que los militantes de las redes del PJ habían esperado, tanto en cuanto a la capacidad de esas redes de asegurar una victoria electoral como en cuanto a la posición que terminaría cabiéndoles en el oficialismo durante los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner.

2.2 *Gobernabilidad y movilización oficialista*

La cuestión de la movilización adquiriría mayor centralidad en las entrevistas a organizaciones sociales que en las del espacio partidario, pero ya entre esos actores partidarios encontrábamos diferentes nociones sobre la movilización oficialista y sus implicancias. En Argentina, la movilización aclamatoria exhibía un fenómeno que denomino de *suspensión fallida*, siguiendo a Hermanowicz y Morgan (1999) en su concepto de suspensión de las tensiones intragrupalas durante los rituales. En Brasil, por otro lado, la movilización aclamatoria constituía un criterio delimitador de tipo de vínculo forjado con el gobierno, dado que sólo algunos actores del espacio partidario se movilizaban en defensa del gobierno. Sin embargo, esa movilización no era vista como garante de la gobernabilidad en la mayoría de los entrevistados. Por otro lado, otra forma de movilización, la de carácter crítico o de presión al gobierno aparecía marcadamente limitada por el criterio de gobernabilidad. La movilización reivindicatoria, o de presión o reclamos al gobierno, no formaba parte de las definiciones de los entrevistados en Argentina; mientras que en Brasil aparecía en algunos relatos como elemento deseable que, sin embargo, no había sido desarrollado en la práctica.

En primer lugar, en Argentina, la movilización en su carácter defensivo o aclamatorio era un mecanismo del que se valía todo el espacio partidario. Movilizarse en defensa del gobierno era exhibir lealtad y apoyo frente a las amenazas externas, y reconocimiento de lo

hecho por aquél. El ejemplo por excelencia fue la concentración aclamatoria (y marcha previa) en la Plaza de Mayo el 25 de mayo de 2006, en el tercer aniversario del gobierno de Kirchner.⁸ Ese tipo de concentraciones incluía la participación de diversas organizaciones oficialistas de cada sector –espacio partidario, centrales sindicales, organizaciones sociales–, como demostración de la capacidad de convocatoria y de organización del propio gobierno. Pero, a la vez, dada la tensión entre algunas de esas organizaciones, esa concentración ponía en juego otro elemento característico del oficialismo kirchnerista, que podríamos denominar “suspensión fallida”, siguiendo el concepto de suspensión acuñado por Hermanowicz y Morgan (1999), como mecanismo operante en los rituales de colectividades o grupos.⁹ Hermanowicz y Morgan han estudiado el rol de las prácticas rituales en la construcción de identidades colectivas. Para ellos, los rituales contienen en su seno tanto cohesión social – consolidan y revitalizan sentimientos y creencias compartidas entre los miembros de un grupo– como conflicto. Y uno de los modos en que los grupos usan los rituales para construir identidad sería la “suspensión”: en el momento del ritual se suspenderían las categorías y divisiones al interior del grupo, en pos de una unidad transitoria.

Si miramos la concentración kirchnerista del 25 de mayo de 2006 –tan sólo como ejemplo, dado que lo mismo ocurrió en muchas otras concentraciones y actos oficialistas– podemos ver que en ella intervenía este mecanismo de “suspensión”, dado que todas las organizaciones estaban allí para el mismo propósito –más allá de sus tensiones– y con consignas similares, de aclamación del gobierno. Pero a la vez, esa suspensión no se realizaba plenamente, porque la propia manifestación pública se convertía en la oportunidad para demostrar al presidente, a las demás organizaciones presentes, e incluso a la opinión pública – a través de la cobertura mediática del evento– la fuerza de la propia organización o de sus redes específicas (en el caso del PJ, de cada una de las redes locales, no del partido como tal). Esa fuerza se medía en términos del número de personas movilizadas dentro de esa columna, especialmente a través de accesorios distintivos, como pecheras, gorros, banderas, cordón de seguridad, carteles individuales, y otros elementos que resaltaran la visibilidad. Todo ello contribuía a delimitar las columnas, haciendo perceptible el tamaño de cada una y, por tanto, el peso de cada organización o red. La tensión y competencia entre los actores seguía, por lo

⁸ En realidad, el oficialismo kirchnerista apeló mucho más cotidianamente a la movilización de sus bases a partir del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, y no durante el gobierno de su esposo.

⁹ Sautu (2003) afirma que los rituales pueden ser considerados pautas de conducta repetidas que se desempeñan en formas preestablecidas en circunstancias y tiempos, también específicos, involucrando el uso de símbolos y expresiones simbólicas. La autora se vale de Durkheim, asimismo, para darle a los rituales una función de crear solidaridad y mantener la cohesión social al interior de un grupo: crean lazos, construyen una auto-imagen, negocian las relaciones, controlan a los otros (Sautu, 2003: 108-109).

tanto, operando. La suspensión de la que hablan Hermanowicz y Morgan no era, en este caso, plena.

Bajo esa misma lógica de suspensión fallida podemos pensar el hecho de que durante la campaña electoral de 2007, plenamente conscientes del relegamiento de la liturgia peronista durante años por parte de Néstor Kirchner,¹⁰ las agrupaciones peronistas en La Matanza “impusieron” el canto espontáneo de la marcha peronista. Es decir, se disponían, al final de cada acto nacional o provincial en el distrito y fuera de él, a cantar la marcha peronista *a capella*, dado que desde la organización de los actos del gobierno nacional no se contemplaba que hubiera un audio de la misma, como sí lo había en los actos partidarios organizados por el intendente. Ejemplos de esa suerte de imposición de la marcha desde abajo se vieron en un acto de Néstor Kirchner en Laferrere (22/3/2007); en el acto de Cristina Fernández de Kirchner por el “Día de la Lealtad” y como candidata presidencial en una escuela fábrica en La Tablada (17/10/2007); y también en el acto de lanzamiento de la fórmula Scioli-Balestrini para la gobernación de la provincia de Buenos Aires, realizado en Mar del Plata (21/8/2007). Así lo ilustraban Javier y Paulino en sus relatos sobre un acto al que Kirchner había asistido en La Matanza en 2007, y sobre el acto de lanzamiento en Mar del Plata de la fórmula para la gobernación provincial en ese mismo año, respectivamente:

Javier: No sé si estuviste en el acto que vino el presidente, en la inauguración de ...

Dolores: No, contame.

Javier: Bueno, el acto terminó... ¿Viste que no se canta la marcha peronista en los actos del presidente? No estaba nada preparado. Dicen que había 10 mil personas.

Dolores: ¿Ahora, el de la apertura del puente?

Javier: Claro. Terminó el acto, cantamos espontáneamente, y te juro que fue espontáneo, la marcha peronista. La cantamos toda, y como corresponde. Balestrini, o sea se quedaron en el escenario con nosotros. El mensaje es claro. La Matanza es peronista.

(Entrevista N ° 15 en Argentina. Javier, militante del PJ de Matanza)

Paulino: ¿Vos viste lo que fue en...Mar del Plata me dijiste que no pudiste ir?

Dolores: No ¿Ustedes también habían ido al de Mar del Plata?

¹⁰ El presidente evitaría valerse del clivaje peronismo-antiperonismo; apelaría a diversos sectores que no provenían del justicialismo a partir de un discurso de oposición al neoliberalismo; rompería con la práctica discursiva tan frecuente entre la dirigencia del PJ de citar frases de Juan Domingo Perón para justificar sus propias posiciones; incorporaría a Yrigoyen, Moreno y otras figuras previas a la tradición peronista en su reivindicación de líderes históricos, y los presentaría como antecesores del proyecto nacional que impulsaba su propio gobierno. Incluso carecería, en los actos proselitistas, de las clásicas representaciones visuales peronistas. En palabras de Altamirano (2004), “es un presidente que procede del peronismo pero no actúa como un presidente peronista. [...] Este gobierno no solicita la identificación peronista de sus simpatizantes. No dice que para apoyarlo deben cantar la marcha [*la marcha peronista*] o adherir a la mitología peronista. De hecho, la iconografía no ocupó ni ocupa un lugar relevante” (Altamirano, en Natanson, 2004: 65-67).

Paulino: Si, vos imaginate que en el de Mar del Plata... Esto es lo que tiene el peronismo de la provincia de Buenos Aires, habló Balestrini y lo primero que se empezó a cantar es la marcha... esperamos cinco o diez minutos, volvía él y otra vez, entonces se veía la efervescencia... pura.

(Entrevista N ° 20 en Argentina. Paulino, militante del PJ de Matanza)

Ese tipo de competencia en términos de visibilidad en la movilización, de demostración de fuerza de cada sector, no ha sido, por supuesto, exclusivo del kirchnerismo como conjunto político. Pero sí se perfilaba, en el período tomado por esta ponencia (2003-2007 en Argentina, 2002-2006 en Brasil) del recorte temporal de la tesis, como un elemento mucho más característico del caso argentino que del caso brasilero.

Por otro lado, a diferencia del caso argentino, donde todo el oficialismo se movilizaba en defensa o para aclamar al gobierno, en Brasil la disposición a movilizarse con esos propósitos aparecía sólo en el PT, sus aliados partidarios históricos (PCdoB y, en menor medida, PSB¹¹), la CUT y el MST. Los sellos partidarios que conformaban la base oficialista pero que no tenían una trayectoria común con el PT no se movilizaban en defensa del gobierno (PTB, PP, etc.). Y aquí es donde se observaba la noción, presente entre los entrevistados del autodenominado “núcleo” oficialista de Lula, de la movilización como delimitante de la pertenencia al conjunto, como demarcando la lealtad al gobierno. El año 2005 –con el escándalo del *Mensalão*– y, en menor medida, 2006 –cuando Lula no obtuvo los votos necesarios para vencer en primera vuelta y debió competir en el *ballotage* contra Alckmin–, habían sido dos momentos de revitalización de la movilización que parecía desactivada desde antes de 2002 (los distintos entrevistados del PT, por ejemplo, recordaban haber participado de movilizaciones en ambas ocasiones y describían un bajo nivel de movilización previo a 2005). Pero ese aumento de la demostración activa de apoyo frente a la sensación de amenaza no se observaba en toda la base oficialista sino sólo en aquellas organizaciones consideradas más afines al gobierno (autoconcebidas como el núcleo oficialista) y definidas por el PT como “bloque democrático-popular”: PT, PCdoB, CUT, MST, etc. Para los entrevistados de esas organizaciones movilizadas, ello evidenciaba quiénes estaban abogando genuinamente por la supervivencia del gobierno y quiénes, por

¹¹ He aclarado que “en menor medida”, porque ese sello tuvo su propio candidato presidencial en algunos comicios, como en 2002, cuando Anthony Garotinho llevó a cabo una campaña de duras críticas a Lula, y especialmente al PT de Río de Janeiro, estado del que Garotinho había sido gobernador. El PSB apoyó a Lula recién para la segunda vuelta y luego se convirtió en uno de sus más cercanos aliados. Sin embargo, la heterogeneidad al interior de este sello partidario hacía, que mientras algunos de sus dirigentes se consideraban a la izquierda del gobierno en términos políticos, otros miembros, como Reinaldo, uno de los entrevistados, constituyeran ejemplos de significativos sectores más conservadores dentro del PSB y en distintas regiones del país. El Pcdob, en cambio, había formado frentes electorales con el PT desde el retorno a la democracia.

otro lado, una vez más mostraban, a través de su ausencia en los procesos de movilización defensiva, su carácter de aliados circunstanciales.¹²

La noción de gobernabilidad como garantizada por la movilización en defensa del gobierno, sin embargo, no fue mayoritaria en el PT durante el primer gobierno de Lula. Primó, en cambio, como ya vimos, la idea de una necesaria alianza parlamentaria con aquellos sellos partidarios no históricamente afines al PT para poder asegurar la sustentación del gobierno. En otros términos, la movilización defensiva no carecía de importancia para los entrevistados petistas y de otras fuerzas dispuestas a movilizarse a favor del gobierno, pero primaba, como elemento garante de la gobernabilidad, la confección de una base parlamentaria oficialista amplia y con actores no históricamente asociados o afines al PT.

Por otro lado, en las entrevistas aparecía la movilización en otra de sus formas: la movilización crítica al gobierno o con reclamos dirigidos a éste. Aquí se presentaba, como veremos a continuación, otra noción de la movilización, como limitada por el criterio de gobernabilidad.

En las entrevistas al espacio partidario argentino, esta forma de movilización (crítica) no era propuesta ni tampoco descripta como propia de la pertenencia. No se concebía desde estos entrevistados la necesidad de movilizarse para reclamarle a Kirchner un rumbo de gobierno o medidas específicas. En la práctica, la movilización de presión al gobierno era concebida como hacerle el juego a la oposición, y era evitada.

Del mismo modo, entre los entrevistados del espacio partidario oficialista en Brasil esa movilización reivindicativa o que interpelaba al gobierno en sus carencias, aunque era un fenómeno deseable en algunos relatos de petistas (Josué, Virgílio, Salomé, Gaspar), quedaba neutralizada ante las amenazas externas, y ante la concepción de la necesidad de sostener la estabilidad del gobierno en vez de ponerla en juego con medidas de fuerza (aunque muchos petistas exhibieran cierta frustración por no haber podido empujar al gobierno hacia el rumbo deseado de mayor transformación).

3. Movilización defensiva y crítica en las organizaciones sociales y las centrales sindicales: la cuestión de la gobernabilidad y la posibilidad de incidencia sobre el rumbo del gobierno.

¹² Para algunos entrevistados del PT, como Ingrid (Entrevista N ° 28 en Brasil) esos aliados circunstanciales ni siquiera se habían movilizado durante la campaña electoral de 2006 para la candidatura de Lula.

Tanto en Argentina como en Brasil se perfilaba en las centrales sindicales y las organizaciones sociales la concepción de un rol específico de estos sectores al interior del oficialismo. A diferencia del espacio partidario, el rol que las organizaciones de estos dos sectores consideraban que les era propio dentro del oficialismo aparecía íntimamente vinculado con la movilización, tanto en sus manifestaciones de aclamación o defensivas, como críticas o de presión. Este apartado argumentará que podían apreciarse dos modos de pensar el propio rol para estas organizaciones en relación con la movilización: I) el rol asociado a la gobernabilidad, a través de la movilización defensiva; y II) el rol asociado con la incidencia sobre el rumbo del gobierno, a través de la movilización crítica.

3.1 Gobernabilidad y movilización defensiva

A partir de la identificación de distintas amenazas externas al gobierno,¹³ las organizaciones sociales y centrales sindicales oficialistas explicitaban una noción de su propio rol en términos de consolidar al gobierno, “bancarlo”, fortalecerlo, y la movilización defensiva o aclamatoria era presentada como un mecanismo funcional a ese papel, como un modo de operacionalizar ese rol. Frente a las distintas amenazas, estas organizaciones sociales y centrales sindicales consideraban que su defensa al gobierno podía llevarse a cabo a través de la movilización. Era esa capacidad de movilización y de demostración de fuerza propia lo que los distinguía de otros actores, aquello que ellos podían aportar distintivamente para sustentar al gobierno, mucho más que la tracción de votos. Así lo explicaba Ramiro, de Barrios de Pie, para el distrito en el que él militaba con Barrios de Pie en las elecciones locales de 2007, en la que la organización apoyó a un candidato a intendente:

Ramiro: Los movimientos sociales, fundamentalmente nosotros, teníamos una capacidad de movilización acá de unas, de unos quinientos compañeros, digamos. Y estamos en todo el distrito. La FTV anda por ahí también, o sea, esa fue la fuerza fundamental de movilización. Eso es arraigo en el territorio. Después necesitás sectores medios, y necesitás cultura. Distintos sectores aportaron eso. El radicalismo K aportó parte de sectores medios.

(Entrevista N ° 25 en Argentina. Ramiro, funcionario municipal y militante de Barrios de Pie/Libres del Sur en el sudoeste del conurbano bonaerense)

¹³ La concepción de “otros” externos al gobierno considerados como amenazas a éste no fue el foco de la investigación. Podría, sin embargo, brindar algunos ejemplos para ambos países. Aquellas amenazas variaban en su protagonismo y peligrosidad según la organización, pero generalmente cubrían desde la prensa -que era acusada de manipular la información y de pretender una desestabilización o desmoralización del gobierno (e incluso era considerada en algunos casos una suerte de partido político opositor)-; los “grupos concentrados”, el “poder económico”, la “derecha”. Estas últimas tres categorías oscilaban dependiendo de con qué grupos económicos o actores el gobierno confrontaba en ese momento. Por otro lado, aparecía la izquierda como “otro” externo (PSTU y central sindical CONLUTAS, en Brasil, y partidos de izquierda en Argentina), no explicitado como amenaza pero sí ridiculizado en términos de sus dimensiones o sus métodos.

Esa noción de función específica de consolidar al gobierno a través de la movilización estaba presente en la propia convocatoria del gobierno a las organizaciones sociales en Argentina. Es en ese sentido que Depetri, dirigente del Frente Transversal Nacional y Popular, decía que el gobierno los había llamado para “ganar la calle”. Es decir, con la intención de que su propia movilización aclamatoria disputara la calle a la movilización crítica de organizaciones piqueteras o políticas opositoras.

También en las centrales sindicales, tanto en la CTA (en sus grupos oficialistas) como en la CUT (en la CGT este tema no aparecía con tanta fuerza en las entrevistas), se observaba aquella idea de un rol vinculado a consolidar el gobierno, y la noción de que ésta era una función compartida con el sector de organizaciones sociales, como lo afirmaba Pascual, de la CTA: “Son [*la FTV y otras*] organizaciones sociales con distintas miradas, pero también sí coincidimos en un punto en común, y es, que este proceso hay que afianzarlo, y hay que ir por más” (Entrevista N ° 40 en Argentina. Pascual, dirigente de la CTA de la provincia de Buenos Aires). En el documento “El avance del campo popular. Un rumbo en disputa”, elaborado en el Encuentro de la Militancia de la Coordinadora Nacional de Organizaciones Sociales-CTA”, que agrupaba a las organizaciones sociales oficialistas dentro de la CTA en la provincia de Buenos Aires y la Capital Federal, quedaba expresado ese rol pensado como propio y específico:

Hemos conquistado, tras muchos años de lucha, la oportunidad histórica de reconstruir un proyecto nacional y popular que asuma la empresa de la liberación. Fuimos protagonistas de la pelea que abrió una perspectiva de cambio en la Argentina; somos responsables de asegurar su consolidación y profundización, construyendo más fuerza organizada, más poder popular para que no haya retroceso posible.

(Encuentro de la militancia de la Coordinadora Nacional de Organizaciones Sociales de la Provincia de Buenos Aires y Capital Federal – CTA, 2006)

Así, estas organizaciones sociales también manifestaban aquel rol defensivo en el marco de la CTA.

Aparecían, entonces, dos suertes de lógicas diferentes en el aporte propio a la gobernabilidad. Estos actores no se consideraban a sí mismos portadores de un caudal electoral determinante para el triunfo del gobierno pero sí como capaces de movilizarse para sustentarlo y para “evitar un retroceso”. Sin embargo, si ese retroceso en conquistas y medidas proviniera en un futuro del propio gobierno, no planteaban un escenario de movilización crítica. El retroceso al que se referían se postulaba más en términos del gobierno mismo (de su estabilidad) que de sus medidas.

En Brasil, ese rol de defensa era manifestado por los entrevistados del MST pero sólo para referirse a momentos específicos que el movimiento concebía como de amenaza factible a la estabilidad del gobierno. Dos de ellos fueron el momento de la amenaza opositora de impulsar un proceso de *impeachment* contra Lula en 2005 por los escándalos de corrupción,¹⁴ y para la segunda vuelta en las elecciones presidenciales de 2006, en la que Lula procuraba su reelección y competía con Alckmin, un candidato del PSDB. Veamos dos testimonios que ilustraban ese apoyo activo al gobierno frente a la posibilidad de que éste estuviera en peligro. João Pablo Rodrigues, entrevistado por la revista del propio MST, en referencia a las elecciones de 2006, y Jair, dirigente del movimiento, sobre las denuncias del *Mensalão*:

Rodrigues: Establecimos como decisión política en el MST y en los otros movimientos, que deberíamos hacer una gran campaña para la derrota de Alckmin en las urnas [...] votar al presidente Lula, inclusive como voto de protesta, pero sobre todo, como un intento de unificar a la izquierda en torno a un candidato que es progresista. [...] Sabemos que es un gobierno con muchas limitaciones, que tiene una alianza extremadamente diferente desde el punto de vista del proyecto político, pero creemos que puede ayudar más a acumular en la lucha política de los movimientos sociales que la vuelta de los tucanos [PSDB] [...] no depositamos ninguna ficha y ningún cheque en blanco en el gobierno de Lula. Nuestro voto fue crítico, de autonomía. (Entrevista a João Pablo Rodrigues, *Revista Sem Terra*, 10/11/06).

Jair: Alckmin, el PSDB, Serra...Nosotros evaluamos que no podíamos quedarnos de brazos cruzados viendo eso pasar. Tuvimos que hacer un gran reunión con varios movimientos sociales. Y ahí vimos que muchos no se involucraban. Todo el proceso de corrupción del gobierno, algunos que aún creían en el gobierno, con ese proceso cayó todo. Nosotros nos organizamos con sectores que creían que no debíamos dejar a la derecha venir de esta forma. [...] lo que pudimos hacer frente a esa situación [*segunda vuelta del proceso electoral de 2006*] fue mantener una cierta posición, para evitar que la derecha pudiese venir con más fuerza. Y con eso hicimos campaña en la calle, con periódicos, panfleteando.

(Entrevista N ° 6 en Brasil. Jair, dirigente del MST en San Pablo).

En ese sentido, el rol auto concebido del MST en forma cotidiana no era el de defender o afianzar al gobierno. El rol del MST tampoco se postulaba, como sí en las organizaciones sociales kirchneristas, en relación con el gobierno. Pero aquel rol de defensa sí era activado en determinadas situaciones de amenaza concreta, en las que su posición a tomar era clara, porque en última instancia, las amenazas a la gobernabilidad de Lula, como el PSDB, eran también amenazas para el propio movimiento. El retorno del PSDB al poder, por ejemplo, implicaría, según los entrevistados, el retorno de la represión, de la persecución y

¹⁴ Según Hochstetler y Friedman (2008), cerca de 10.000 personas se manifestaron reclamando un *impeachment* a Lula en agosto de 2005, y la contra-protesta en apoyo a Lula alcanzó un número similar el 17 y 20 de agosto en San Pablo. Santos (2005) también menciona esas movilizaciones en apoyo al gobierno por parte de la CUT y el MST. Es en esos episodios, por ejemplo, que el MST participaría defendiendo al gobierno. Los mismos autores mencionan discursos y movilizaciones de 2006 tanto del MST como de la CUT para la segunda vuelta electoral.

criminalización de los sin tierra. La asociación era directa, y su contundencia era marcada en cada relato explicativo del apoyo que le dan al gobierno en determinados momentos clave.¹⁵

Para la CUT, el rol de movilización defensiva asumía un sentido más permanente. Sin embargo, en los relatos de los entrevistados, eran centralmente esos mismos dos momentos que vimos para el MST –frente al escándalo del *Mensalão* en 2005 y para las elecciones de 2006– los que habían motivado una movilización defensiva. Así lo recordaba Jonás, dirigente de la CUT, en relación con 2005:

Jonás: En 2005, cuando fue el show del Mensalão, se comenzó a hablar de un *impeachment* a Lula, y la CUT organizó una invasión a Brasilia. El gran mensaje era: “No hay *impeachment* a Lula”.

Dolores: ¿Y qué organizaciones estaban?

Jonás: Todas las organizaciones, pero fue una iniciativa de la CUT. Un gran delegación de la CUT...fuimos básicamente a decir “ni se les ocurra hacer eso”. La verdad es que decíamos “el *Mensalão* es un chiste, basta de campaña mediática”, pero básicamente el mensaje con el que entramos en el Congreso fue “si ustedes piensan provocar el *impeachment* de Lula, vamos a parar Brasil”, “prepárense para eso”. Y los tipos retrocedieron, con miedo a aquello. Fue la primera manifestación vigorosa que tuvimos en el gobierno, más allá de las reivindicaciones sindicales.

(Entrevista N ° 19 en Brasil. Jonás, dirigente de la CUT en Río de Janeiro)

En esta cita Jonás no sólo exhibía la noción cutista de que la movilización defensiva era una capacidad que caracterizaba a la central (e incluso la presentaba como organizadora de la misma). También sugería que esa movilización defensiva era efectiva, lograba su objetivo, en aquella ocasión, de evitar la desestabilización.

Hacia el final del relato, Jonás se refería a la movilización por demandas sindicales, es decir, a la movilización crítica, para presionar al gobierno, que es la que observaremos a continuación.

3.2 Incidencia sobre el rumbo y movilización crítica

Las organizaciones sociales kirchneristas en Argentina presentaban dos argumentos en torno a esta cuestión: la desaparición –al incorporarse al gobierno– de la movilización crítica como parte del rol propio y la dificultad que experimentaban las organizaciones sociales para incidir sobre la política de gobierno. Por un lado, a partir de la llegada de un gobierno que estas organizaciones consideraban afín, la movilización crítica para marcar o promover determinado rumbo del gobierno no era concebida, en los relatos, como parte de su rol, lo cual se reflejó, asimismo, en la práctica de estas organizaciones durante el período 2003-2007. En

¹⁵ Esta movilización defensiva del gobierno esporádica y selectiva también ha sido analizada por Bringel (2006) y Vergara-Camus (2006).

el marco de su pertenencia al oficialismo, las organizaciones sociales kirchneristas en Argentina reemplazaron la estrategia de demandas públicas colectivas al Estado –antes llevadas a cabo, incluso, en cooperación con otras organizaciones piqueteras– por una relación específica con el gobierno nacional, incluso, en muchos casos, diferenciada para cada organización. Ese fenómeno fue acompañado de una resignificación de la movilización y la casi desaparición de la misma en su carácter crítico o reivindicativo frente al gobierno. En coincidencia con Natalucci (2008: 1363), la “movilización ya no era de confrontación [...], no era el Estado el destinatario de las demandas”.

Las palabras de Sandra, de Barrios de Pie, ilustraban la forma en que las organizaciones sociales kirchneristas leían ese nuevo contexto, y dejaban implícito el abandono de la movilización crítica o reivindicativa hacia el gobierno, dado que consideraban que esos recursos que antes reclamaban eran ahora garantizados (aunque no fuese a todas las organizaciones, sino sólo a las oficialistas).

Sandra: Hubo mejoras concretas para los sectores más humildes. Hubo una recomposición de las políticas sociales. Nosotros pasamos de tener tanta cantidad de comedores, en donde los recursos, la comida, la mayoría eran conseguidos a través de la lucha, la pelea, para que tal municipio te lo diera... y eso comenzó a circular de manera más sólida por propia cuenta del gobierno nacional.

(Entrevista N ° 29 en Argentina. Sandra, militante de Barrios de Pie/Libres del Sur. Ciudad de Buenos Aires).

Y en aquel nuevo contexto, el propio rol se planteaba como distinto al del pasado.

Hernán Letcher, de la FTV, entrevistado en *La Nación*, decía “Hoy participamos del debate de poder. Dejamos la resistencia y tenemos experiencias propositivas. Nuestro rol es más amplio” (*La Nación*, 8/9/08). Sin embargo, esta idea de Letcher de una participación en “el debate de poder”, no es la que predominaba en las entrevistas a organizaciones sociales. En torno a la cuestión de la movilización y la incidencia sobre el rumbo del gobierno, un segundo argumento que predominaba en los relatos de los entrevistados era que tampoco había condiciones, dado el modo de funcionamiento del oficialismo y las características del liderazgo de Kirchner, para una real influencia de las organizaciones sobre las decisiones y medidas más generales del gobierno (aunque éstas luego terminarían, de todos modos, siendo favorables a las organizaciones o pasibles de apoyo por parte de las mismas). Octavio y Ramiro reflejaban ese argumento:

Ramiro: [*en torno a decisión eventual de K de liderar el PJ*]: Él, en definitiva es el jefe del armado político. Entonces eso es, es una jugada magistral. Que nosotros, desde Libres del Sur no la vemos. No estamos de acuerdo. Pero Kirchner no piensa en Libres del Sur para hacer una mirada estratégica así, ¿viste?

(Entrevista N ° 25 en Argentina. Ramiro, funcionario municipal y militante de Barrios de Pie/Libres del Sur en el sudoeste del conurbano bonaerense)

Octavio: Los intereses de las regiones [dentro del Movimiento Evita] a veces son contradictorios entre sí, y si se pretende estructurar una línea política para todo el país, no se puede. Y en última instancia eso [pretender una línea nacional única] entra en contradicción con Kirchner, porque acá, el que baja la línea es él, no nosotros. Entonces en cuanto queramos asomar nos van a matar. [...] hubo muchas reuniones estos años donde se decía “nosotros estamos en la centralidad del dispositivo”. Y yo con unos pocos decíamos, “no estamos en ninguna centralidad. La centralidad la tiene Kirchner”.

(Entrevista N ° 27 en Argentina. Octavio, funcionario provincial y militante del Movimiento Evita. La Matanza).

En una línea similar de razonamiento, Sandra, de Barrios de Pie, agregaba otro elemento: la sensación de su organización de que para el gobierno el rol que les correspondía a estas organizaciones sociales debía limitarse al ámbito de implementación de políticas sociales, y no a discutir el rumbo político:

Sandra: El problema está en que hay como una lectura del gobierno de que la acumulación política de los movimientos sociales es el terreno de lo social. O sea, de que vos tenés el diálogo con los sectores más humildes, de que tenés políticas sociales para que eso se fortalezca, tengan los derechos garantizados, etc. Pero cuando querés discutir política, cómo se van a representar esos sectores, a quiénes van a elegir como aliados, qué políticas en definitiva piensan que deberían llevarse adelante en el gobierno, bueno, en ese debate no debés entrar. [...] Y en alguna medida se busca que una buena parte de las organizaciones sociales que se convocaron en el 2004 para ser parte de este gobierno no cuestionen los principales lineamientos que este gobierno hace. No permiten que puedan cuestionar esas políticas. Nosotros de hecho... queda como que nuestro lugar es ése.

(Entrevista N ° 29 en Argentina. Sandra, militante de Barrios de Pie/Libres del Sur. Ciudad de Buenos Aires).

Esa dificultad para incidir efectivamente en la formulación de las decisiones y políticas del gobierno, sin embargo, no se tradujo, en el período (2003-2007) en movilizaciones críticas a ese funcionamiento del oficialismo.

Por otro lado, ni la CGT ni la CTA se caracterizarían tampoco por la concepción de su propio rol en términos de movilización crítica y medidas de fuerza dirigidas al gobierno, de modo de orientar su rumbo. Estaba presente, también allí, la idea de un gobierno cuyas medidas eran bien vistas pero sobre cuyo rumbo no parecía poder haber gran incidencia desde las organizaciones. Aparece aquí la cuestión de la no construcción de una fuerza política organizada por parte del presidente.¹⁶ Al no haberla creado Kirchner, no había una fuerza que

¹⁶ Se reiteraba, asimismo, la idea, entre los entrevistados de los tres sectores, de que el kirchnerismo no se constituía como fuerza organizada, de que Kirchner había decidido mantener a todo el conjunto atomizado, sin estructurarlo como una coalición o como una fuerza política propia organizada. Una dinámica advertida por los entrevistados dentro del conjunto kirchnerista era la de un modo de articulación política del presidente

pudiera incidir efectivamente sobre la política de gobierno. Esta política era decidida más bien por un círculo muy pequeño, y más tarde anunciada públicamente a la ciudadanía y a los distintos actores del oficialismo. No había, así, espacios de articulación y de discusión dentro del oficialismo, y ello podía ser un subproducto de lo ocurrido en términos generales con los lazos de representación política en Argentina. Los relatos de Pastor, de la CGT, y de Depetri, de la CTA, ilustraban esas nociones en los entrevistados de ambas centrales:

Pastor: Si el gobierno toma tal o cual determinación en lo que fue, qué se yo, la estatización de AySA, Aguas. Digo, está bien, está mal. El gobierno toma una decisión, entendiendo que es lo mejor. Digo, de ahí para abajo, ¿hubo discusión? Yo como oficialista te lo digo. No hubo discusión.

(Entrevista N ° 26 en Argentina. Pastor, dirigente de un sindicato dentro de la CGT y legislador de La Matanza)

Dolores: Pero ese balance, que vos decís, donde no se pudo construir del 2005 al 2007 algo como más del Frente para la Victoria, ¿eso por qué es?

Depetri: Él [Kirchner] optó por construir, y él cree que conduce el que está en el Estado. El gobierno conduce. Es una concepción. Aparte no es de armar una estructura de debate, ninguna conducción sobre dónde hay que ir. Hay una centralidad en él, en Cristina, y en algunos compañeros amigos. En algún momento era Alberto Fernández, ahora no es. Ahora es Icazuriaga [titular de la SIDE], puede ser Zannini. Un centro que conduce eso, y puede hablar con nosotros de determinadas cuestiones, pero no es que hay una construcción política amplia. Por ahí lo veía más yo que los ministros a él. Y bueno, es una forma que tiene él de ir armando. [...] para nosotros no había espacio de... No hay un lugar donde uno planifique... ahora eso es un déficit, sí. Exacto, es un déficit. Es un déficit que nos viene de la crisis de representación del campo popular, que venimos padeciendo hace un montón.

(Entrevista N ° 35 en Argentina. Edgardo Depetri, líder del Frente Transversal Nacional y Popular y ex dirigente de la CTA).

Entonces no había, en la mayoría de los entrevistados, una noción de poder incidir sobre el rumbo del gobierno de Kirchner, y tampoco una concepción de una necesaria movilización reivindicatoria para lograrlo.

Veamos cómo era planteada la cuestión de la movilización crítica en Brasil.

En la CUT la noción de que se trataba de un gobierno propio, conducido por el líder histórico de la central, tenía repercusiones significativas sobre la idea del propio rol y el lugar que pasaba a ocupar la movilización crítica. De ese modo, se dibujaba un contraste reiterado en los entrevistados: la expresión de deseo de asumir un rol que habilitara la movilización crítica de modo de poner en discusión el rumbo del gobierno iba seguida de aclaraciones en torno a los límites que debía tener esa presión, y al reconocimiento de que, en la práctica, la CUT no había cumplido ese papel de empujar al gobierno, que no se había movilizó como

desarrollado a través de relaciones radiales (con él mismo o con interlocutores específicos de su entorno), sin una construcción horizontal sostenida entre las distintas organizaciones y sectores.

podría haberlo hecho dada su trayectoria. Se observaba así una frustración similar a la que exhibían varios entrevistados del PT en torno a su propio rol (tema que no ha sido, sin embargo, analizado en esta ponencia). El relato de Aníbal enfatizaba el deseo, pero postulando un límite importante en el mismo, que terminaba siendo determinante a la hora de participar en movilizaciones críticas, mientras que el de Jonás retomaba esa idea pero reconocía sus dificultades en la práctica durante ese período:

Aníbal: Nosotros somos críticos, el MST, la CUT, la UNE [Unión Nacional de Estudiantes], pero no queremos derrumbar al gobierno. Y hay otras entidades [en la CMS] que son críticas, incluso para derrumbar... CONLUTAS, Intersindical, PSTU. Nuestras entidades, en cambio, tienen una posición crítica al gobierno, pero sólo quieren presionarlo para que camine más para la izquierda.

(Entrevista N° 16 en Brasil. Aníbal, dirigente de un sindicato de la CUT de San Pablo)

Jonás: Decíamos que iba a ser un gobierno lleno de contradicciones. Que exigiría de nosotros, del movimiento sindical de izquierda, una disposición de estar presionando al gobierno para que se decidiese por la izquierda. Y una manera de hacer esa presión sería colocando a la masa en la calle. [...] Te voy a hablar de cosas muy personales. Tengo una evaluación crítica de la CUT en esos años, muy dura. Creo que perdíamos tiempo, en un momento de la historia que nos era muy rico. No supimos comportarnos... en el plenario de 2002 teóricamente hablábamos de ese tema y sacamos una resolución teórica buena: “vamos a sacar las masas a la calle para presionar al gobierno por izquierda y hacer una disputa por la hegemonía”. Perfecto, pero llevó un año preparar la primera manifestación. Peor, tuvimos aquella primera y nos llevó un año hacer la segunda. Me incomoda el grado de timidez con que hicimos todo eso. [...] desde ese punto de vista, creo que estamos perdiendo un tiempo enorme. Ya van seis años de gobierno de Lula e hicimos mucho menos de que lo podíamos hacer. [...]

Dolores: ¿Y por qué creés que era tan difícil hacerlo [movilizarse]?

Jonás: Había de todo. Primero creíamos que estábamos agrediendo al gobierno si hacíamos eso, porque tenemos una tradición de movilizar, de presionar insultando.

(Entrevista N° 19 en Brasil. Jonás, dirigente de la CUT en Río de Janeiro)

Para el MST, por otro lado, la movilización crítica como modo de garantizar conquistas era un núcleo fundamental de los relatos en las entrevistas y también de documentos o declaraciones públicas de la organización. El número de campamentos instalados por el movimiento incluso crecería entre 2002 y 2005 (Boito, Galvão y Marcelino, 2009). Así era concebida la movilización de presión (para la reforma agraria) desde los Sin Tierra:

Stédile: Los cambios en cualquier sociedad y aquí en Brasil más aún, no dependen del gobierno, sino de que la sociedad se organice y se movilice. Es el pueblo el que hace el cambio. La izquierda brasilera cometió un equívoco a lo largo de los últimos años, al quedarse proyectando para la militancia que bastaba con elegir el gobierno y que así haríamos los cambios. Muy bien, Lula está allí, y no cambió casi nada. Entonces, es preciso que las personas se den cuenta de que no sirve esperar al gobierno. El gobierno es una parte de la sociedad, y es importante que sea progresista [...] Pero la esencia de los

cambios en la sociedad no viene del gobierno, sino de las energías que la clase trabajadora consigue movilizar, organizándose por sus derechos.

(João Pedro Stédile, citado en *Jornal do Sindicato dos Engenheiros do Rio de Janeiro*, 24/07/06. Disponible en www.mst.org.br)

El propio rol en términos de incidencia sobre el rumbo del gobierno de Lula y de ésta asociada a la movilización crítica, se concebía en el MST a través de dos ejes: continuar con la movilización como mecanismo para reclamar por un mayor avance de la reforma agraria, y elaborar un plan propio de reforma para entregarle a Lula. Algo diferente, por cierto, al modo en que se concebían las organizaciones sociales en Argentina, como aspirando a participar de la implementación de políticas y programas ya concebidos desde el gobierno.

En síntesis, en el caso argentino, la movilización crítica no aparecía como un elemento constitutivo del rol concebido para sí mismas por las distintas organizaciones sociales y centrales sindicales. Y se sostenía la dificultad para lograr una incidencia sobre la orientación de la política oficial, aunque ésta terminase siempre siendo favorable a estos actores. En Brasil, en cambio, la movilización crítica sí era recalcada como mecanismo de un rol de incidencia sobre el rumbo de gobierno pero, mientras que en la CUT se observaba una disociación entre lo que los entrevistados consideraban deseable (movilizarse para empujar al gobierno hacia determinada dirección) y lo que reconocían que había sucedido en la práctica (inmovilismo), en el MST, la insistencia en la necesidad de mantener la movilización crítica aún en un gobierno más afín que los anteriores (manifestaciones callejeras, nuevas ocupaciones de tierras para la instalación de campamentos) era central en los relatos y se reflejaba en la práctica si uno mira los datos del período. En relación con este contraste, no es casual que, de todas las organizaciones estudiadas aquí (tanto centrales sindicales como organizaciones sociales), el MST –que es la que proclamaba la necesidad de continuar con la movilización crítica o de presión a Lula– haya sido la que más distancia mantuvo con el gobierno. Para todas las demás organizaciones, la movilización crítica no era una opción viable en un gobierno al que pertenecían.

4. Bibliografía citada

Auyero, Javier (2006). “La zona gris: Las características políticas de los saqueos de 2001 en la Argentina”, en: Cheresky, Isidoro (Comp.). *Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

Boito, Armando; Galvão, Andréia y Marcelino, Paula (2009). “Brasil: o movimento sindical e popular na década de 2000”, *Observatorio Social de América Latina (OSAL)*, CLACSO, Año X, N ° 26, octubre.

- Bringel, B. Marques (2006). “El lugar también importa. Las diferentes relaciones entre Lula y el MST”, *Nera*, Año 9, N ° 9, Julho-Dezembro.
- Denscombe, Martyn (1999). *The good research guide for small-scale social research projects*, Buckingham, Open University Press.
- Hermanowicz, Joseph C. and Morgan, Harriet (1999). “Ritualizing the Routine: Collective Identity Affirmation”, *Sociological Forum*, Vol. 14, N ° 2, June.
- Hochstetler, Kathryn; Friedman, Elizabeth Jay (2008). “Representação, partidos e sociedade civil na Argentina e no Brasil”, *Caderno CRH*, VOL. 21, N ° 52, Janeiro/fevereiro.
- Kvale, Steinar (1996). *InterViews. An introduction to qualitative research interviewing*, London, Sage.
- Meo, Analía Inés y Navarro, Alejandra (2009). *La voz de los otros. El uso de la entrevista en la investigación social*, Buenos Aires, Omicron System.
- Morse, Janice (1994). “Designing Funded Qualitative Research”, en: Denzin, Norman K. y Lincoln, Yvonna (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks, California, Sage.
- Natalucci, Ana (2008). “La experiencia de los frentes políticos kirchneristas. Reflexiones en torno a las posibilidades de reconstitución de un horizonte movimientista”, *Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos “Los movimientos sociales en América Latina. Pasado, presente y perspectivas”*, Mar del Plata.
- Natanson, José (2004). *El presidente inesperado*, Rosario, Homo Sapiens.
- Patton, Michael Quinn (2002). *Qualitative Research & Evaluation Methods*, Thousand Oaks, Sage.
- Ribeiro, Pedro José Floriano (2008). “Algumas notas sobre as eleições brasileiras de 2006: disputa presidencial e reafirmação da força eleitoral do PT”, em: Santander, Carlos Ugo e Freire Penteadó, Nelson (org.). *Os processos eleitorais na América Latina (2005-2006)*, Brasília, LGE.
- Sallum Jr., Brasílio (2003). “Brasil. De la continuidad al cambio”, *Nueva Sociedad*, N ° 184, Marzo/abril.
- Santos, Raimundo (2005). “Crise no Brasil: esquerda e política em tempo recente”, *Nueva Sociedad*, N ° 200, noviembre-diciembre.
- Sautu, Ruth (2003). *Todo es teoría. Objetivos y métodos de investigación*, Buenos Aires, Lumière.
- Vergara-Camus, Leandro (2006). “The experience of the landless workers movement and the Lula government”, *Interthesis* [online], Vol.3, N ° 3, January-June.